

—Ha sido para mí un sacrificio inmenso, pero creo que estarás satisfecho.....

Lo que Luis contestó y lo demas de su conversacion, no lo pudo percibir ya la muchacha; pero aquella conferencia se prolongó por mas de dos horas.

Al fin, la puerta se abrió y Luis salió radiante de alegría y tan preocupado, que no miró siquiera á la Apipizca, y pasó á su lado diciendo á media vos:

—Despues de esto no puede ya engañarme.....

D^a Inés llamó y la Apipizca entró á verla, la dama estaba sumamente preocupada.

Marta la ayudó á desnudarse, y D^a Inés sin hablarle una sola palabra se metió en la cama.

—Retírate ya—dijo.

La Apipizca salió: á su turno ella estaba tambien preocupada; mil ideas á cual mas absurdas cruzaban por su cerebro; retiróse á su aposento que estaba al lado del de D^a Inés, y despues de mucho pensar, esclamó:

—Vamos, ya veo claro. D^a Inés ha gustado mas de Luis que de D. Guillen; todas las mujeres somos caprichosas, pero las ricas y las nobles sobre todo.... hace bien, para eso es rica y tiene dinero.... yo haria lo mismo: lo que importa es avisar á D. Guillen y largarme de aquí.

III.

Cómo D. Lope comienza á vislumbrar algo del paradero de Doña Laura.

L Tapado seguia moribundo en su calabozo; la Audiencia considerándolo ya como una presa segura, habia cesado de hostilizarlo, esperando que su Divina Majestad fuera servida de llamarle á sí, ó que le diese su completa salud para poder ahorrarle descansadamente y con toda la pompa necesaria, á fin de hacer un ejemplar saludable para todos los que en lo sucesivo pudieran pensar algo contra los reales derechos de su rey y señor.

Sin embargo de esto, D. Frutos no dejaba de seguir la pista á la conspiracion que tanto le habia desvelado, y en la que creia indudablemente encontrar complicado al virey.

La audiencia debia gobernar el reino si el virey faltaba. D. Frutos gobernaba la audiencia, luego D. Frutos seria el verdadero virey en el caso de que se lograra la caída del marqués de la Laguna.

No dejaba este pensamiento de atormentar al oidor, y era por eso que se fatigaba por descubrir algo.

D^a Inés no habia podido revelarle grandes cosas; pero

D. Frutos confiaba mucho en ella, ó al menos así lo aparentaba, para conservar el interes de los demas oidores, suponiéndose ante ellos el hombre mas sagaz y mas activo de toda la Audiencia.

Tan poca prudencia hubo en esto, que ya en algunos corrillos se zuzurraba que una dama principal hacia graves revelaciones á la Audiencia. Y tales voces llegaron á los oidos del virey.

El virey estaba seguro de que el *Tapado* nada habia dicho, que por ese lado nada tenia ya que temer; pero su conciencia no estaba enteramente tranquila.

Un pensador profundo ha dicho: *Dios perdona siempre: los hombres algunas veces, la conciencia nunca*; y por eso el marqués de la Laguna no las tenia, como dice el vulgo, todas consigo: él oyó el cuento de la dama que hacia revelaciones á la Audiencia, y como él tenia ya antecedentes en esto, no vaciló un instante en creer que era verdad, y que la tal dama no era otra que D^a Inés de Medina.

Preocupado con esta idea, ocurriósele llamar á D. Lope, con quien habia tratado ya de estos negocios; hizole venir á su presencia y se encerró con él en su cámara.

Pero no quiso el marqués descubrir luego sus intenciones al jóven, sino irse poco á poco indicando.

—He hecho venir á vuesa merced—le dijo—porque los dias pasan y estoy inquieto por saber qué ha avanzado en sus pesquisas respecto á la dama robada.

—Nada he podido saber hasta hoy—contestó tristemente D. Lope.—V. E. sabe que en el cateo de la casa del marqués de Rio-florido no conseguí otra cosa sino ser testigo de un crimen horrible y misterioso, y acerca del cual nada se ha aclarado aún.

—Todo eso me llena de tristeza y veo que mis enemigos harán de ello una arma para herirme como siempre.

—Es verdad, señor.

—¿Ya sabe vuesa merced que hay una dama que ha ofrecido á la Audiencia descubrir algo de esa mentada conspiracion?

—He oido decir eso, señor.

—Pues no lo dude vuesa merced, porque yo me supongo, ó mas bien dicho, sé con certeza quién es esa dama, y á fé que la considero muy peligrosa.

—¿Y quién es, señor? perdóneme V. E. si la pregunta es indiscreta.

—Indiscreta, no, y menos tratándose de un asunto que interesa saber á vuesa merced: la dama es la misma sobre quien recayeron las sospechas del robo de D^a Laura.

—¿D^a Inés de Medina?

—Sí, porque á mí mismo me ha dicho que me pondria al tanto de cuanto ocurriese, y no ha vuelto; lo cuál prueba que está ya de acuerdo con la Audiencia, y en contra mia.

—Pero ella de dónde puede saber algo? jamás sale de su casa.

—No lo sé, pero mire vuesa merced, por el hilo se saca el obillo; vuesa merced es jóven y anda por todas partes, y de lo que voy á referirle puede sacar partido. Esa dama me ha sido encargada por la corte de España, y la vijilo en cuanto es posible: ahora hace pocos dias que he sabido que trata ya de casarse con un D..... D..... Guillen de..... no recuerdo.

—De Pereyra—esclamó D. Lope.

—El mismo: ¿lo sabia vuesa merced?

—No señor.

—Yo no le conozco; pero segun me dicen es un perdido.

—Efectivamente.

—Pues bien, quizá por ese conducto sepa ella algo.

—Indudablemente, señor, y puesto que debo hablar á V. E. con franqueza, le diré, que ese D. Guillen fué el que robó las cajas del marqués de San Vicente, en las que venian sus papeles, y los cuales quisimos escapar de las manos de la Audiencia.

—Pero ese robo ha costado al rey dos soldados.

—En cambio, señor, nosotros nos decidimos, por temor de que entre esos papeles viniera alguno que pudiera comprometer á S. E. el señor virey.

—¿Y habia algo?—preguntó inquieto el virey.

—No señor, pero yo he depositado esos papeles en poder de D^a Laura: D. Guillen, lo recuerdo ahora, me los entregó y me acompañó hasta la puerta de la casa de la dama, y me esperó allí; es claro que advirtió que allí dejé esos papeles, porque á pocas noches la casa ha sido asaltada, D^a Laura ha desaparecido, y ese hombre se casa con D^a Inés, y ella promete hacer grandes revelaciones; señor, no hay duda, D^a Inés ha dirigido el robo de esa casa, y ella sabe adónde está D^a Laura.

—Indudablemente.

—Es preciso que V. E. mande aprehender á esa mujer.

—No hare tal, que seria una locura; cualquiera cosa que intentara yo hoy sobre esa dama, causaria vehementes sospechas á la Audiencia y precipitaria un desenlaze desagradable. ¿Es verdad?

—Es verdad, señor, ¿pero qué hacer?

—Piense vuesa merced, en lo que ha de ser; pero en nada me mezcle á mí, porque me perderia, y se perderia vue-

sa merced con la falta de mi apoyo que puede serle de mucha utilidad.

—Es verdad, señor.

—Como particular tiene aún vuesa merced mil medios de conseguir lo que desea; yo cumplo con advertirle lo que hay.

—Y yo lo agradezco á V. E. en el fondo de mi corazon.

D. Lope permaneció aún algun tiempo hablando con el virey y despues salió meditando el partido que debia tomar.

Llegó á su casa, se encerró en su aposento y no quiso ver á ninguno de los que fueron en la tarde á buscarle, á pesar de que entre ellos, llegaron el padre Lozada y D. Gonzalo de Casau, solicitando hablarle para un negocio grave.

Cuando cerró la noche, D. Lope se ciñó una espada, una daga y dos pistoletes, se embozó en una gran capa, se caló un ancho sombrero y salió á la calle.

Tomó el rumbo del norte de la ciudad y comenzó á caminar apresuradamente.

Llegó por fin al barrio de Tlaltelolco, y vacilando algunas veces sobre la direccion que debia seguir, deteniéndose y avanzando luego, llegó por fin á la casa arruinada en que vivia el Camaleon.

—Aquí es—dijo D. Lope deteniéndose delante del edificio y examinándolo con cuidado—sí, aquí es; solo una noche he venido, la noche en que me entregaron los papeles... pero sí... esa puerta á medio tapiar, esos maderos cerrando la entrada... aquí es... y en todo caso qué pierdo con entrar?

Acercóse á la entrada, que estaba completamente cerrada aquella noche con algunas vigas; tomó una piedra del suelo y llamó decididamente con tres golpes.

D. Lope era un hombre resuelto y ademas estaba desesperado; pero á pesar de todo, cuando oyó ruido en el interior de la casa, sintió algo semejante al pavor.

La noche estaba negra, el lugar desierto, y aquel edificio no era para infundir confianza á un hombre de bien.

—Quién va?—dijo una voz de hombre por dentro.

—Un amigo—contestó D. Lope; pero como para probar que no decia la verdad, retrocedió dos pasos y puso mano al estoque.

—Quién sois y qué quereis?—dijo el de adentro.

D. Lope no supo qué contestar; pero le ocurrió que puesto que D. Guillen le habia llevado á aquella casa, su nombre debia ser allí una especie de pasaporte, y contestó sin vacilar.

—Soy un caballero que trae un negocio de D. Guillen de Pereyra.

—De D. Guillen de Pereyra? él os envía?

—Sí.

—Pues esperad un momento para recibiros como merece la persona que os envía.

El que estaba dentro pareció alejarse, y D. Lope pensó:

—D. Guillen debe ser el gefe de estos hombres y me van á recibir como embajador.

Pasó un momento: D. Lope, tranquilo ya, esperó; despues oyó ruido, la puerta se abrió, y dos hombres armados de puñales salieron lanzándose sobre él.

IV.

De lo que pasó con D. Lope y los bandidos en la casa de Tlaltelolco.

DON Lope, al verse agredido repentinamente, dió un salto hácia atrás, y desnudó el estoque. Los asaltantes no eran mas que dos armados de puñales, y D. Lope, diestro en el manejo de las armas, los puso á raya con la mayor facilidad.

Al principio pensó en matarlos, y fácil le hubiera sido, porque aquellos hombres malamente se defendian; pero casi en el momento reflexionó, que aquel ataque provenia sin duda de que se habia presentado en nombre de D. Guillen, y que sobre todo aquellos mismos que le atacaban podrian darle noticias de D^a Laura; además, los enemigos parecian á cada momento menos encarnizados, bien porque no consiguieran matar á D. Lope en su primera arremetida, ó bien porque se convencieron de que era muy superior á ellos en destreza.

D. Lope quizo aprovechar el desmayo de sus contrarios, y entrar en tratados con ellos.